

Releer a Marx, ¿reencantar el mundo?¹

José Ángel GORDILLO GONZÁLEZ

Investigador independiente

jagordillog@hotmail.com



Con el correr de los años Silvia Federici ha ido modelando las expectativas de sus lectores: nos ha enseñado lo que podemos (o no) esperar de su escritura. Piezas ajustadas a una modalidad textual concreta y fácilmente reconocible: breves, centradas en materias específicas, históricas o coyunturales, pero asociadas siempre, directa o indirectamente, a los dilemas derivados de la práctica política, *id est*, militante. «Panfletos» (texto que «no se escribe para la gente de uno [...] sino para llamar la atención de otros círculos que se considera interesantes»), pues, y «materiales» («un texto destinado a ser utilizado en el curso de una discusión [con] personas de un ambiente determinado y con los que el que escribe se comunica bastante fácilmente por obra de cierta afinidad»), al decir, siempre certero, de Manuel Sacristán (1983: 7). Sino, destino y rasgo constitutivo del intelectual irreverente, que no habiendo encontrado acomodo en la confortable molicie de las pantuflas académicas, acopla sus pies torcidos² al cálido rebufo de las muchas o

1 Este ensayo bibliográfico se ha elaborado a partir de la reseña de la obra de Silvia Federici *Reencantar el mundo. El feminismo y la política de los comunes* ([2019] 2020, Traficantes de Sueños, pp. 318).

Sobre la manera de citar: cuando la cita remite a la obra reseñada, el paréntesis contiene solo el número de página correspondiente; en caso contrario, se respeta la fórmula convencional

2 En palabras, siempre iluminadoras, de Jesús Ibáñez: «Se manda con las manos y se obedece con los pies. [...] no obedecer [, s]er pecador. “Pecado” viene del latín *pes+khos* (pie defectuoso [...]). Pecador es el que tiene el pie defectuoso, el que no anda derecho (se sale del camino, o va en mal sentido). Pecador es la marioneta que no obedece a los hilos o el caballo que no obedece a las riendas.// Mandar o pecar. No hay término medio» ([1987] 1997: 98). Silvia Federici es, sin lugar a dudas, una gran pecadora.

pocas corrientes que, siempre y en todo momento, aunque con intensidad variable, peinan la realidad a contrapelo. Textos, los de Federici, eventualmente ensamblados en libros de factura heteróclita antes que heterogénea: libros cuya aparente cohesión temática (en torno a las mutaciones contemporáneas del cuerpo —*Ir más allá de la piel*—, la caza de brujas —*Brujas, caza de brujas y mujeres y Calibán y la bruja*—, lo común —*Reencantar el mundo*—) se agota en el título mismo para revelar, en el negro sobre blanco, su verdadera naturaleza, su cualidad sinóptica. Un perpetuo y cíclico deambular por los asuntos que obsesionan a la autora y que atraviesan, de parte a parte, tanto su obra teórica como su quehacer práctico, transgrediendo y cuarteando los límites necesariamente estrechos de cualquier voluntad antológica. En lo libros de Federici es posible entrever, más allá de la declaración de intenciones, regularidades reflexivas de carácter transversal, que reúnen bajo un todo coherente su producción teórica, aparentemente dispersa y deslavazada. Constantes como la indagación en los orígenes y naturaleza del capitalismo, en torno al cuerpo y su papel dúplice, ambivalente (dispositivo a un tiempo de dominación y de resistencia) o alrededor de la tecnología, de su irreductible historicidad y de la subsecuente falsedad de un sinsentido común enfangado en la supuesta, mil veces pregonada, neutralidad de la misma.

Hasta la fecha, todos los libros firmados por Federici acusan, en mayor o menor medida, la antedicha dualidad constitutiva: composición heteróclita y contenido sinóptico. Afirmación válida incluso para el caso de *Calibán y la bruja*: su *opus magnum*, su obra decididamente más sólida y mejor engranada en cuanto a estructura y desarrollo argumentativo es, pese a ello y en esencia, reelaboración y compendio de textos de muy distinta índole. Este hecho no acarrea para el lector cuidado especial o responsabilidad adicional de ningún tipo. Antes, al contrario, le faculta, en el plano interpretativo, para poner en práctica un protocolo de lectura eminentemente abierto y audaz: una lectura que tuerza analíticamente tanto el contenido como la intencionalidad expresa de su autora para descubrir, tras este velo, las mentadas regularidades e insertar la pieza en cuestión en el conjunto de su producción teórica.

Reencantar el mundo. El feminismo y la política de los comunes. no se aparta de la norma previamente delineada: bajo un paraguas temático premeditadamente unitario, recoge, no obstante, un conjunto de textos de factura, alcance, interés y temática muy dispares. Una intuición, quizá discutible, tal vez iluminadora, pero en todo caso coherente con esa constatación anima la reseña en curso: que lo «común», pretendido epicentro temático e intencional del libro, no constituye, en esencia, la fuente principal de la que el libro extrae toda su potencia teórica ni, por consiguiente, su principal foco de atención e interés. Lo uno y lo otro deben buscarse en otro punto: un punto que, cual encrucijada, anuda éste con otros libros de la autora. Con todos sus libros, en realidad. Esta intuición primaria, apegada en origen a un libro específico, dará lugar, al cabo de la recensión, a una propuesta para la lectura oblicua de la obra de Silvia Federici tomada en conjunto.

Así pues, conviene preguntarse por los objetivos que la autora persigue al armar este compendio, ¿cuál es y en qué sentido podemos hablar, con Umberto Eco, de *intentio auctoris*? He aquí una posible respuesta: la formulación de un proyecto político alternativo a, por un lado, el capitalismo realmente existente (esto es; neoliberal, financiarizado, ¿degenerativo?) y, por otro, a las alternativas tradicionalmente formuladas por la izquierda «oficial», comunista o socialdemócrata (encalladas, hoy, en los inevitables atolladeros del estatismo, la política representativa, la forma partido y el productivismo). Este proyecto consiste en la defensa y eventual (re)construcción de lo común (29; 127-128). Con la brújula apuntando en esta dirección, el material seleccionado y, por extensión, el discurso y el argumentario subyacentes se organizan en dos grandes bloques: la primera parte, eminentemente analítica, cartografía el presente; la segunda, fundamentalmente propositiva, esboza y pergeña posibles líneas de fuga (31). Bajo el título «Sobre los nuevos cercamientos», aquella delimita los contornos, las especificidades, de eso que hemos dado en llamar capitalismo global y financiarizado: la importancia creciente de los circuitos secundarios de acumulación y valorización (en «Acumulación primitiva, globalización y reproducción» e «Introducción a los nuevos cercamientos»), prestando especial atención a la difusión omnímoda, de lo macroinstitucional («La crisis de la deuda. África y los nuevos cercamientos») a lo molecular («De la acumulación a la deuda. La financiarización, los microcréditos y la arquitectura cambiante de la acumulación»), de fórmulas, mecanismos y dispositivos múltiples de endeudamiento. Con un título no menos sintomático y un contenido, no obstante, más irregular y disparate, en la segunda parte, «Sobre los comunes», Federici dedica nueve capítulos a dar forma, cuerpo y sustancia a su eventual propuesta política.

En su apuesta por lo común Federici se suma a un coro de voces ya muy nutrido. Excesivamente nutrido, a decir verdad: en el abigarrado gallinero de lo común el gañido babeante de la zorra hace tiempo que se confunde con el cacareo inocente de la gallina. Consciente tanto de la naturaleza proteica del capitalismo, capaz de someter toda línea de fuga o alternativa aparente a la lógica del valor, como del efecto erosivo y licuefactor que la incansable producción masificada de sinsentido ejerce sobre el lenguaje, Federici dedica un artículo (escrito a cuatro manos con George Caffentzis: «Comunes contra y más allá del capitalismo») a distinguir el grano de la paja y a combatir, con ello, la deletérea moda de lo común (137-138). Aporta, en este punto, una definición restringida de lo común (148-153), acotando su sentido y deslindándolo tanto de lo «público» (asociado a una, a su juicio, falsa, contraproducente y equívoca dicotomía entre lo público y lo privado; 152-153) como de las que considera formas espurias, infundadas (comunes «globales»; 144) o contraproducentes (comunes «cerrados» y comunes productores de mercancías u orientados hacia el mercado; 145, 146-148) de lo común. Este ejercicio de conceptualización se prolonga en un capítulo adicional («El feminismo y las políticas de lo común en una era de acumulación primitiva»), que la autora dedica a desentrañar los porqués de la especial implicación de las mujeres en la defensa y el mantenimiento de

lo común. Papel esencial que descansa, en última instancia, en la función asumida por los bienes comunes como soporte material de las tareas reproductivas en contextos pre-capitalistas más o menos remotos. Estos son los textos de mayor densidad teórica y conceptual de entre todos los que Federici dedica explícitamente al objeto de sus desvelos. A los dos citados hay que añadir un pequeño conjunto de textos de propósito ilustrativo y talante básicamente descriptivo: sobre la función que en el pasado, entre las comunidades nativas americanas, jugó lo común como institución socioeconómica básica e irremplazable, reguladora del intercambio metabólico entre el ser humano y la naturaleza («Bajo Estados Unidos están los comunes»); sobre la función que en el presente vienen desempeñando la defensa y la reproducción espontánea de lo común como instrumento de rururbanización, mecanismo de subsistencia y acicate para la movilización política, especial y sintomáticamente, en Iberoamérica («La lucha de las mujeres por la tierra y el bien común en América Latina») y el África subsahariana («La lucha por la tierra de las mujeres africanas y la reconstrucción de los comunes»). A lo dicho habría que sumar un brevísimo excursus acerca de la universidad entendida como «común del conocimiento» («La universidad, ¿un común del conocimiento?»): impugnando la noción moderna de conocimiento, lo que entendemos por tal cosa, Federici discute semejante equivalencia en tanto que posibilidad ya realizada (sin descartar su posible realización futura). Seis textos, por consiguiente, dedicados, en sentido estricto, al «sublime objeto» de lo común; seis de un total de catorce... La aplicación de un enfoque estrictamente cuantitativo arroja este resultado, ¿qué ocurre cuando, en su lugar, optamos por una lente cualitativa?

Para resolver esta incógnita el lector debe calibrar la potencia práctica que virtual y previsiblemente atesora la opción política defendida por la autora. Con ello, nos adentramos en el resbaladizo terreno de las opiniones; pero, puesto que de opinar se trata, más vale hacerlo de forma rigurosa, emitiendo respuestas fundamentadas tanto en el plano sociohistórico como en el antropológico. Y, visto desde esta perspectiva, tal vez no quepa otra cosa que no sea un gesto de recelo, suspicacia e incredulidad. Porque, ¿qué implica, en el centro del sistema-mundo capitalista, la apuesta por lo común?, ¿a qué nos aboca a quienes formamos parte de sociedades ahormadas al imaginario capitalista tras décadas, tal vez siglos, de (re)producción activa de subjetividades conniventes con la lógica del valor?, ¿qué capacidad posee una noción de lo común totalmente dissociada de lo público para interpelar a los integrantes de sociedades anémicas, atomizadas y corroídas por la sarna de la delegación, para los que la defensa de unos servicios públicos asediados juega un papel referencial irrenunciable como potencial campo compartido de batalla y eventual espacio de confluencia dinamizado por la protesta? La propia autora muestra los límites de su postura cuando afirma que «allí donde los comunales son más fuertes, y no donde el capitalismo está más desarrollado, es donde se pone freno e incluso se obliga a retroceder a la expansión capitalista» (245) o cuando reconoce que al *homo idioticus* (p.17) no le queda más remedio que:

Luchar para evitar que se privatice lo público. Como terreno intermedio, nos interesa que los intereses comerciales no fagociten lo público [...]. No podemos abandonar el Estado, porque es el lugar en el que se acumula la riqueza que hemos producido con nuestro trabajo pasado y presente. Por otra parte, la mayoría de nosotros todavía dependemos del capital para nuestra supervivencia, puesto que [...] no tenemos tierra u otros medios de subsistencia (Federici [2019] 2020: 152-153).

Al buscar alternativas, Federici recurre, fundamentalmente, a experiencias históricas finiquitadas o a prácticas necesaria e irrevocablemente circunscritas a contextos específicos, eminentemente periféricos (28). A los habitantes del «mundo de las cosas» (Rita Segato *dixit*) nos hace llegar, en cambio, una propuesta formulada desde una alteridad radical, distante, irreal y etérea; histórica y sociológicamente ayuna y, por consiguiente, alejada de nuestras condiciones materiales de existencia. Nos arroja, pues, al vacío de la inoperancia y el sinsentido. Sucumbe, asimismo, a un viejo pecado cíclicamente reactualizado por la izquierda revolucionaria: la búsqueda de soluciones prácticas de validez universal, recurriendo, por lo general, a la descontextualización indiscriminada de experiencias exitosas, pero de alcance y validez necesariamente contingentes y acotados (piénsese en la exportación del leninismo o en la no menos alocada difusión de las prácticas guerrilleras). En este punto la autora tropieza, de nuevo, con sus afirmaciones más atinadas: «la perspectiva de la universalización de conocimientos, instituciones y formas de comportamiento se encuentra cada vez con más oposición» (247). En definitiva, invocar lo común posee la virtud, no menor, de apelar a lo micropolítico y de llamar la atención sobre la necesaria transformación de las subjetividades: «necesitamos una revolución para liberarnos no solo de las limitaciones externas, sino también de la internalización de la ideología y las relaciones capitalistas» (248-249). Se despeña, por contra, en el siempre lábil, resbaladizo y, sin embargo, insoslayable terreno de las mediaciones.

Pero este veredicto no agota la lectura de la obra, que es posible encarar desde otro punto de vista más feraz y productivo: como un ejercicio de reapropiación, de relectura activa y diálogo crítico con Marx y, en menor medida, con la tradición marxista. «*Reencantar el mundo* resignifica las categorías marxistas y las reinterpreta desde una perspectiva feminista», nos dice Linebaugh en su clarificador «Prefacio» (16). Efectivamente, la alargada sombra de Marx está presente, si no en toda la obra, sí, al menos, y de manera tal vez sintomática, en los textos que abren y cierran el compendio: como subrayando su condición de marco conceptual o fundamento teórico esencial. Así, los capítulos que conforman la primera parte, ya descritos, pueden interpretarse, en esencia, como una revisión en profundidad de los conceptos de «acumulación primitiva», «desposesión» o «cercamiento»: a juicio de la autora la globalización puede y debe entenderse «como proceso de acumulación primitiva [...] impuesto a escala global» (50). Por lo que dice a los textos finales, Federici examina los puntos de convergencia y divergencia que unen y separan al marxismo del feminismo, sacando a la superficie las insuficiencias del primero a la luz del segundo («Marx, el feminismo y la construcción de los comunes»), subraya la centralidad del trabajo reproductivo y llama la atención sobre la

imperiosa necesidad de rescatarlo, resignificarlo y revalorizarlo para contrarrestar las perniciosas consecuencias de la crisis de cuidados («crisis de la reproducción»; 260) en curso («De la crisis a los comunes. El trabajo reproductivo, la tecnología y el trabajo afectivo y la transformación de la vida cotidiana») y, por último, desbarata los malentendidos y confusiones alimentados por el fetichismo tecnológico hoy convertido en moneda corriente («Reencantar el mundo. Tecnología, cuerpo y construcción de lo común»).

La lectura paralela y el cotejo sistemático de los textos citados permiten entrever los propósitos que Federici persigue en su aproximación a la obra de Marx y, a la postre, reconstruir los fundamentos de su «marxismo feminista» (14). Intención nunca apologética ni acrítica; sí, en cambio, pragmática y selectiva: su marxismo «es una herramienta analítica [...] ya no [...] un *-ismo*, así como tampoco una opción ideológica para el consumidor intelectual individual» (14). En esta línea, Federici se deja guiar por una doble intención; dualidad que comporta, asimismo, el uso simultáneo de dos lentes diferenciadas: presentista y feminista al mismo tiempo. En síntesis, literal: «¿Qué herramientas, principios e ideas puede aportar el marxismo a la teoría feminista y a la política de nuestros días? [...] ¿Qué aspectos del marxismo son los más importantes para el feminismo y el comunismo y cuáles persisten en el siglo XXI?» (221-222) Y así, para dialogar de forma crítica y productiva con Marx, para separar la mena de la ganga, Federici aplica el inmisericorde escalpelo feminista al corpus teórico marxiano y, «poniendo la vida en el centro», lo abre en canal para sacar a la luz sus fortalezas y, sobre todo, sus debilidades.

En su recorrido por el cadáver prematuramente enterrado de Marx³ Federici se detiene en y presta especial atención a unas partes en detrimento de otras:

- En primer lugar, Federici cuestiona la centralidad empírica del trabajo asalariado y, por extensión, el privilegio teórico, la atención exclusiva y excluyente, que tradicionalmente se le ha concedido. Tampoco pierde de vista la distinción colateral entre trabajo productivo e improductivo. Opta, al contrario, por subrayar la centralidad estructural del trabajo reproductivo (227-235); es decir, del trabajo dedicado a la producción de esa singular y preciada mercancía de la que el capital extrae su substancia: la mercancía fuerza de trabajo. El trabajo reproductivo deviene, visto así, no meramente necesario en tanto substrato material del trabajo asalariado, sino, simple y llanamente, «"trabajo socialmente necesario" en el sentido capitalista» (234). Las distinciones preexistentes quedan, de este modo, desacreditadas como resultado de decisiones teóricas sesgadas, deficientes tanto en el plano teórico propiamente dicho (al proporcionar una comprensión parcial de la realidad analizada) como en el plano

³ En estos términos se expresaba, con su habitual socarronería, el anteriormente invocado Jesús Ibáñez: «El proceso que va de la caída del muro de Berlín al abandono por el PCUS del marxismo-leninismo, ha animado a la mayoría de los augures de la política a certificar la muerte de Marx» ([1991] 1997: 86).

práctico (al estrechar la esfera de la dominación o, por mejor decir, de la dominación políticamente relevante).

- Al relativizar la centralidad y la autonomía estructural del trabajo asalariado, el privilegio teórico concedido al trabajo reproductivo permite ampliar la perspectiva para detectar otras formas de acumulación y valorización distintas de la extracción formal de plusvalía que resulta de la explotación del trabajo asalariado (230-231). No formas aisladas, sino interrelacionadas y coexistentes, según correlaciones que varían en el tiempo y en el espacio dando lugar a modos de regulación históricamente diferenciados y a lógicas asimétricas de desarrollo espacial. Así, por un lado, nos topamos con la cohabitación de diversas modalidades de trabajo (asalariado, esclavo, reproductivo) que, lejos de contradecirse, se retroalimentan; por otro, con el reconocimiento de que las lógicas informales, eminentemente coercitivas, de extracción, lejos de constituir fenómenos incidentales o contingentes circunscritos a una fase más o menos remota de acumulación originaria, forman parte del ADN del capitalismo, cobrando especial protagonismo y virulencia en periodos de crisis (46-47; 60). Esta secuencia de constataciones socava, en último término, la certeza marxiana, tendencialmente etnocéntrica, relativa a la existencia de un sujeto revolucionario único y universal encarnado en la figura del trabajador asalariado (47-48).
- Por último, la naturaleza tecnológicamente refractaria del trabajo reproductivo, solo parcial, nunca totalmente mecanizable y aun eso a un elevado coste relacional, muestra los límites del tecnofetichismo inscrito en la obra de Marx. Específicamente, pone en entredicho el ideal de un futuro de abundancia mecanizada basado en la automatización integral del trabajo humano: arcadia imposible desde el momento en que una parte sustantiva e insoslayable de ese trabajo no puede mecanizarse (233-234; 240; 265; 278). Pero, además, en la obra de Marx se otorga a la tecnología la capacidad, simultánea y homologable a la socialización de la producción, de inocular en sus usuarios las virtudes del trabajo cooperativo, necesarias para la constitución de la sociedad futura. Semejante afirmación implica, primero, proveer a la tecnología de cualidades que no posee (agregación no es sinónimo de cooperación; 243-244); segundo, ignorar sus efectos perversos (la tecnología no es neutral: moldea, trastoca y fagocita las habilidades de sus operadores, 270-272; genera inercias sociales e institucionales que propenden a autonomizarse de sus creadores y, eventualmente, a subyugarlos, 273; depreda el medio ambiente, 269); y, tercero, subestimar el caudal de conocimientos y habilidades acumulados por las sociedades no industrializadas a lo largo de siglos de evolución histórica no mediatizada por la máquina. En último término, la puesta en cuestión del fetichismo tecnológico marxiano equivale a cuestionar el progresismo, las más de las ve-

ces trágico y escatológico, del que es portador. Progresismo que olvida, no ya o no solo las cualidades potencialmente emancipatorias encastradas en las formaciones sociales precapitalistas (v.gr.: la capacidad para poner en marcha procesos cooperativos genuinos, enraizados en un substrato comunitario relacionamente denso), sino también, y tal vez sobre todo, la potencia productiva de la dominación capitalista (su capacidad para dar forma a subjetividades sincronizadas con las exigencias de la valorización y mutiladas por la práctica continuada del trabajo abstracto), así como el carácter irreversible de muchos de los cambios operados bajo su égida (66-67; 242-245).

Las conclusiones extraídas de la lectura de *Reencantar el mundo* atañen, no obstante, al conjunto de la obra teórica de Silvia Federici: mientras que en *Calibán y la bruja y Brujas, caza de brujas y mujeres* estudia empíricamente las formas específicas de la acumulación primitiva, en *Revolución en punto cero, El patriarcado del salario y Salario para el trabajo doméstico* discute la primacía ontológica del trabajo asalariado y reivindica la centralidad del trabajo reproductivo, al tiempo que en *Ir más allá de la piel* denuncia la colonización tecno-científica de la vida cotidiana y recalca los efectos adversos del embrujo tecnofetichista. El diálogo crítico con la obra de Marx aparece, a la postre, como una constante en la obra de Federici: una regularidad más, que habría que sumar a las anteriormente enumeradas para diseñar un protocolo de lectura genéricamente válido y a la altura de una tarea, hoy por hoy, insoslayable: el estudio riguroso de una pensadora fundamental.

De hecho, el quehacer teórico de la feminista italiana se inscribe dentro de un proceso histórico más amplio: un esfuerzo colectivo de relectura y reapropiación del legado marxiano que cubre tanto la recuperación filológicamente rigurosa de las partes más abstractas y esotéricas de la obra de Marx (aquí hay que mencionar la «nueva lectura de Marx» —Heinrich—, la «crítica de la escisión del valor» —Kurz, Scholz, Jappe—, la «teoría crítica del capitalismo» —Postone—, procedentes, todas ellas, de Alemania, y el proyecto abanderado por David Harvey en el mundo anglosajón) como la revisión de su obra a la luz de problemáticas y sensibilidades hasta hace poco tiempo inéditas (señaladamente: los dilemas político-ecológicos —desde las aportaciones seminales de Manuel Sacristán y Wolfgang Harich hasta las recientes contribuciones de John Bellamy Foster, Jason Moore y Kohei Saito— y las exigencias derivadas del movimiento feminista —y aquí Federici camina de la mano de autoras como Selma James, Leopoldina Fortunati, Mariarosa Dalla Costa y Nancy Fraser)⁴. De hecho, aunque el feminismo ocupa un lugar central en la

4 El lector hispanohablante que quiera acercarse a este fenómeno dispone ya de una nutrida bibliografía en lengua castellana. Esta bibliografía acoge: 1) las obras de los autores mencionados traducidas al español, 2) las obras publicadas en nuestro país por sus epígonos o discípulos españoles y 3) los textos breves que, en forma de artículo exento o prólogo introductorio, ofrecen al lector presentaciones sintéticas de voluntad pedagógica. Entre estos últimos, y no queriendo recargar la reseña con referencias bibliográficas innecesarias, el lector interesado puede recurrir a los dos textos introductorios que abren la reciente edición castellana de la obra de Robert Kurz, *La sustancia del capital*. Partiendo de la «crítica de la escisión del valor», sus autores amplían el espectro para: hablar, en plural, de «nuevas lecturas» (Hernández, 2021:

matriz de determinaciones teóricas y prácticas que Federici ejecuta en su tarea, su aproximación a la obra de Marx guarda no pocas similitudes con la labor realizada por otros cultivadores de la mentada reapropiación. Así, sin necesidad de abandonar el libro reseñado, cuando: reivindica al «Marx teórico» frente al «Marx revolucionario» (226); apoya su discurso en obras como los *Grundrisse* o *El capital*, máximos exponentes del proyecto marxiano de «crítica de la economía política» (222); llama la atención sobre los «atisbos político-ecológicos» presentes en la obra de Marx (237; 269)⁵; subraya la centralidad de las categorías de «trabajo», «valor», «dinero» o «mercancía» (66; 223); o, en fin, recupera de manera creativa la noción de «acumulación primitiva» (47-48)⁶.

Ahora bien, ¿qué sentido tiene afirmar que este diálogo con Marx aporta empaque y potencia teórica a un libro como *Reencantar el mundo*? ¿Dónde radica la importancia del proceso de relectura descrito anteriormente? ¿Qué justifica este denodado esfuerzo teórico? En general, los albaceas contemporáneos del legado marxiano justifican su labor apelando a la vigencia, si no de toda, sí de una parte significativa de la obra de Marx. Para desentrañar el sentido profundo de su inmarcesible frescura debemos aprehender, afirman, el sentido último de su proyecto teórico y reconocer que Marx nunca preconizó una versión alternativa, benigna o perfeccionada, de la economía política preexistente y que tampoco pretendió circunscribir su crítica al capitalismo vigente, es decir, al capitalismo en su forma decimonónica. Se propuso, más bien, diseccionar el capitalismo concebido como formación social eminentemente fetichista y desgranar, en el proceso, sus componentes esenciales, invariables. Y para hacerlo procedió a impugnar las categorías centrales de la economía política en tanto que exponente paradigmático de la autocomprensión radicalmente deficiente, por fetichista y fantasmática, que la sociedad moderna tiene de sí misma (Ruiz, [2009] 2022: 20-24; Ramas, [2018] 2021: 15-16 y 27-32). En este sentido, es decir, en la medida en que todavía hoy seguimos viviendo bajo la égida del capitalismo, leer a Marx resulta pertinente. Solo partiendo de estas premisas cobran las palabras de la autora todo su sentido:

Resulta irónico que justo en el momento en que el socialismo está colapsando, se estén verificando las predicciones de Marx sobre el desarrollo del capitalismo. [...] la teoría de Marx nunca había parecido más acertada. ¿Qué estamos viendo ahora sino el [...] «empobrecimiento de la clase obrera», «la expansión del mercado mundial», la «competencia universal entre los trabajadores» y el «aumento de la composición orgánica del capital»? ¿Cómo podemos entender este mundo sin recurrir a [...] la teoría de Marx? (Federici [2019] 2020: 66)

10), señalar afinidades con revisiones de otra índole (de índole, por ejemplo, ecologista; Navarro, 2021: 22 y 24) y documentar la incidencia de este fenómeno en España (Hernández, 2021: 11-12 y Navarro, 2021: 15-16).

5 Federici cita *in extenso* y en varias ocasiones el mismo pasaje de *El capital* que Manuel Sacristán esgrimiera como principal evidencia de los «atisbos político-ecológicos» (como él mismo los bautizara) presentes en la obra de Karl Marx ([1984] 2009: 184).

6 Inventario necesariamente genérico y tentativo, habida cuenta del amplio plantel de autores y perspectivas enumerados. Una comparación más pormenorizada, autor por autor y corriente por corriente, haría emerger un panorama mucho más complejo y matizado.

Punto en el que Federici coincide con Eric Hobsbawm cuando hacía notar la cualidad aparentemente profética del *Manifiesto comunista*: «La cuestión es que el mundo aparentemente transformado por el capitalismo que [Marx] describió en 1848 [...] es a todas luces el mundo de comienzos del siglo XXI» ([1998] 2012: 120).

Llegados a este punto habría que aportar, al menos, un par de conclusiones; la dos, como se verá, con un regusto paradójico. Por un lado, en *Reencantar el mundo* la potencia de los análisis contrasta con la debilidad de las propuestas formuladas. Es decir, la capacidad de Federici para realizar diagnósticos e interpretaciones contextuales sólidos y plausibles, dignos de ser tomados en consideración como terreno común para el debate y la discusión, no encuentra parangón en una capacidad análoga para proporcionar al lector pautas y directrices orientativas que le permitan bogar por la procelosa superficie del contexto analizado. Esta conclusión no debería, en principio, identificarse como una debilidad; no en vano, ¿dónde, a estas alturas, puede el lector encontrar respuestas?, ¿quién se encuentra en condiciones de proporcionarlas? Por añadidura, ¿acaso es necesario?, ¿no resulta saludable «que la crítica se sustraiga a la exigencia permanente de señalar soluciones sobre el terreno» (Jappe, 2011: 15)? Sin embargo, es preciso juzgar la obra en cuestión de acuerdo con los propósitos que su autora ha decidido, libremente, asumir. A la anterior hay que añadir una conclusión adicional, tal vez más equilibrada y, a la vez, de mayor hondura: someter el presente a un análisis basado en las categorías centrales del pensamiento de Marx no nos devuelve, como balance, un mundo reencantado. Nos arroja, por el contrario, un saldo eminentemente negativo. Retomando, otra vez, a los «nuevos lectores» de Marx: tanto si, con Heinrich, creemos que, medido con criterios extraídos de su propia lógica interna, no hay decrepitud en el capitalismo actual y sí, en cambio, el funcionamiento óptimo de un sistema que no encuentra cortapisas a su desarrollo ([2004] 2022: 219-225), como si, con los representantes de la crítica de la escisión del valor, consideramos que el capitalismo se acerca, imparable, a lomos de sus propias contradicciones y arrastrándonos irrevocablemente consigo, al colapso (Jappe, [2004] 2020: 113-148), la dilucidación marxiana del mundo apunta en dirección contraria a los deseos de Federici. Porque, acudiendo de nuevo a las palabras de la autora para desvelar sus propias contradicciones: «caer en el optimismo [...] sería una irresponsabilidad a la vista de la devastación inenarrable que se desarrolla ante nuestros ojos» (58).

Referencias bibliográficas

Federici, Silvia [2019] (2020). *Reencantar el mundo. El feminismo y la política de los comunes*. Traficantes de Sueños.

Heinrich, Michael [2004] (2022). *Crítica de la economía política. Una introducción a El Capital de Marx*. Guillermo Escolar.

Hernández Porras, Guillermo (2021). Nota del traductor. En R. Kurz, *La sustancia del capital* (pp. 9-14). Enclave de libros.

Hobsbawm, Eric [1998] (2012). Sobre el *Manifiesto comunista*. En E. Hobsbawm, *Cómo cambiar el mundo* (pp. 111-129). Crítica.

Ibáñez, Jesús [1987] (1997). Mandar o pecar. En J. Ibáñez, *A contracorriente* (pp. 97-98). Fundamentos.

Ibáñez, Jesús [1991] (1997). Entierro prematuro de Marx. En Ibáñez, Jesús (1997). *A contracorriente* (pp. 86-87). Fundamentos.

Jappe, Anselm [2004] (2020). *Las aventuras de la mercancía*. Pepitas de Calabaza.

Jappe, Anselm (2011). *Crédito a muerte. La descomposición del capitalismo y sus críticos*. Pepitas de Calabaza.

Navarro Ruiz, Clara (2021). Algunos apuntes para la lectura de *La sustancia del capital* de Robert Kurz. En R. Kurz, *La sustancia del capital* (pp. 15-36). Enclave de libros.

Ramas San Miguel, Clara [2018] (2021). *Fetichismo y mistificación capitalistas. La crítica de la economía política de Marx*. Siglo XXI.

Ruiz Sanjuán, César [2009] (2022). La nueva lectura de Marx. En M. Heinrich, *Crítica de la economía política. Una introducción a El Capital de Marx* (pp. 17-42). Guillermo Escolar.

Sacristán, Manuel (1983). *Sobre Marx y marxismo. Panfletos y materiales I*. Icaria.

Sacristán, Manuel [1984] (2009). Algunos atisbos político-ecológicos de Marx. En M. Sacristán, *Pacifismo, ecologismo y política alternativa* (pp. 180-196). Diario Público.